

30 DE JUNIO DE 1521

## MEDIO MILENIO DE LA BATALLA DE NOÁIN



Monumento de la batalla de Noáin en Salinas de Pamplona o Getze, Galar.

POR JESÚS LAÍNZ

Ésos que se hacen llamar nartarras, pero que en realidad no son más que el disfraz navarro del separatismo vasco, suelen concentrarse en las campas de Noáin, junto a Pamplona, para conmemorar la batalla que allí tuvo lugar el 30 de junio de 1521, hace ahora exactamente medio milenio. Pero no lo hacen porque les interese la historia, sino como arma de

agitación política mediante la tergiversación de aquel hecho histórico para convertirlo en una lucha independentista de los navarros contra los invasores españoles. Herodoto, el llamado padre de la historia, escribió hace dos milenios y medio: “Muchas cosas no suceden como debieran, y la mayor parte de ellas ni tan siquiera llegan a suceder. Es tarea del historiador consciente corregir estos defectos”. Pues bien, el de Noáin es uno de esos defectos históricos que tienen que ser cam-

biados para favorecer los proyectos políticos de los farsantes.

Pero comencemos por el principio. En los primeros años del siglo XVI reinaban en Navarra Catalina de Foix y Juan de Albret, sobrinos de Fernando el Católico. Su pequeño reino, atrapado entre las poderosas España y Francia, sufría desde 1451 una brutal guerra civil entre agramonteses, partidarios de Juan II de Navarra, y beamonteses, partidarios de su hijo Carlos, Príncipe de

Viana. Catalina y Juan no habían llegado al poder como árbitros imparciales, sino con el apoyo de los agramonteses. Navarra estaba devastada y dividida por el odio. Además, no era prioritaria para sus reyes, franceses educados en el Midi, vasallos de Luis XII y riquísimos señores en Francia como condes de Foix, vizcondes de Bearne y señores de Albret.

A pesar de las viejas discordias, todos los navarros aceptaban a Juan y Catalina como



Fernando el Católico, por Joaquín Domínguez Bécquer.

reyes, pero no a cualquier precio: la identidad del reino, su libertad y su pertenencia a España consagrada desde el prólogo del Fuero General, redactado trescientos años antes, en 1238, estaban por encima. Este fuero, documento esencial de la historia de Navarra, proclamaba con contundencia la conciencia española que los navarros compartían con los demás habitantes de la Península por encima de su división en reinos:

“Aqui comienza el primer libro de los fueros que fueron fayllados en Espaynna, asi como ganavan las tierras sin rey los montaynneses (...) Por quien et por quales cosas fue perdida Espaynna, et como fue levantado el primer rey d’Espaynna: Por grant traycion quooano moros conquirieron a Espaynna sub era de .DCCos. et dos aynnos por la traycion que el rey D. Rodrigo fijo del rey Jetizano fezo al conde D. Julian (...) Entonz se perdio

Espaynna ata los puertos, sinon Galicia, las Asturias, et d’aqui Alava et Vizquaya, et de la otra part Baztan et la Berrueza et Deyeri et en Anso, et sobre Jaca et encara en Roncal et Sarasaz et en Sobrarbe et en Aynssa”.

Pero esta vinculación española de los navarros estaba destinada a hacerlos chocar antes o después con una dinastía no menos vinculada a los reyes de Francia. En 1512 Fernando el

Católico estaba en guerra contra Francia, librada sobre todo en un suelo italiano que habría de ver en los años siguientes victorias españolas tan célebres como la de Bicoca y Pavía. Dos años antes el rey francés Luis XII había desafiado la autoridad del papa Julio II convocando un concilio cismático en Tours. Un año después, al convocar otro concilio en Pisa, fue excomulgado junto a todos sus aliados. Contra el rey francés, el pontífice constituyó la Santa Liga, formada por Fernando el Católico, la República de Venecia y Enrique VIII de Inglaterra. A pesar de los intentos de Fernando por conseguir la neutralidad de los reyes de Navarra, éstos pactaron la ayuda a Francia en el tratado de Blois. En él se estableció la obligación de los reyes navarros de hacer la guerra contra los ingleses y sus aliados, es decir, el papa y Fernando el Católico. Ésta fue la causa de la guerra contra Navarra.

El resolutivo Fernando tomó la delantera lanzando sobre Navarra un ejército compuesto en su mayoría por guipuzcoanos, vizcaínos, alaveses y navarros de la facción beamontesa, unos nueve mil hombres al mando del conde de Lerín. Cuatro días después, el 25 de julio, sin haber encontrado resistencia por parte de una población carente de interés en luchar por Juan y Catalina, el ejército fernandino llegó a una Pamplona de la que los monarcas habían huido debido al avance del enemigo y a su poca confianza en sus súbditos. El único punto de resistencia fue Tudela, la ribereña, la no euskaldún, la nada vasca Tudela, que cerró sus puertas a la espera de ayuda de los reyes huidos. Ayuda que nunca llegó.

Cinco siglos después, los discípulos de Sabino Arana han delirado sobre estos episodios para hacerlos encajar en sus esquemas ideológicos. Para ello consideran los hechos de 1512 como la manifestación del “oscurecimiento de la idea nacional”, la “ruina nacional” y la “pérdida de la independencia nacional”<sup>1</sup> de vascos y navarros, cuando no se trató de una lucha nacional,

sino dinástica. Los navarros de la facción agramontesa que resistieron a Fernando, y que se consideraban tan españoles como los beamonteses, no lo hicieron por salvaguardar independencia nacional alguna, sino por fidelidad a la dinastía Albret-Foix. Además, de haber sido efectivamente un conflicto nacional entre los españoles y los vascos del reino de Navarra, curioso es que los principales aplastadores de los navarros fueran las tropas vizcaínas, alavesas y guipuzcoanas.

También se empeñan en imaginar los nacionalistas vascos que la *independencia nacional* de Navarra se habría conservado si la iniciativa de Fernando el Católico hubiera fracasado. Pero lo que olvidan es que la dinastía navarra destronada acabó fundiéndose en la francesa y que Navarra, en vez de conservar en España la categoría de reino con todas sus funciones hasta bien entrado el siglo XIX, habría pasado a ser una parte de la muy centralista monarquía gala; y que en 1789 habría perdido lo que hubiera podido conservar de sus antiguas instituciones, habría sido dividida en varios departamentos y, por supuesto, hoy sería parte de la *République, Une et Indivisible*.

En octubre de aquel mismo 1512 el destronado Juan organizó una expedición al mando del Delfín, el futuro Francisco I que acabaría siendo apresado en el desastre francés de Pavía. Los pamploneses, dirigidos por el duque de Alba, defendieron la ciudad durante tres semanas. En diciembre, el ejército de Alba, formado por castellanos, vascongados y navarros beamonteses, venció a los invasores franceses y bearnenses. Albret y los suyos dejarían testimonio de su sorpresa ante la negativa de la población navarra a tomar las armas a su favor. Batiéndose en retirada, el ejército francés fue atacado en el nevado puerto de Velate por unas tropas guipuzcoanas que se hicieron con doce valiosas piezas de artillería.

Los guipuzcoanos pidieron y obtuvieron de la reina de Castilla, Juana la Loca, el privilegio de añadir a su escudo aquellos doce



Francisco I de Francia, por Jean Clouet.

cañones. Pero como esos cañones no encajan en el dogma nacionalista que proclama la unidad de destino en lo vasco de las tres provincias vascongadas y Navarra, los nacionalistas se apresuraron a borrarlos –*vaporizarlos*, habría dicho Orwell– en cuanto tuvieron ocasión. Y, efectivamente, la eliminación de aquellos cañones del escudo de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa –título concedido por Enrique IV en 1466 en premio a

la continua y destacada participación de los guipuzcoanos en defensa del reino de Castilla– fue una de las primeras medidas que tomó la primera Diputación nacionalista en 1979. De este modo, los sedicentes defensores de la tradición vasca borraron de un plumazo muchos siglos de historia vasca que no encaja en sus esquemas.

Tras la rápidamente fracasada intentona de 1516 aprovechando el fallecimiento de Fernando el

Católico, en mayo de 1521 volvió a cruzar los Pirineos un ejército francés con la intención de recuperar el reino de Navarra para Enrique II el Sangüesino, hijo de los recientemente fallecidos Juan y Catalina y cuñado del ya rey Francisco I.

La ocasión le pareció propicia al gran enemigo de Carlos I por las dificultades que éste estaba pasando en aquellos momentos a causa de la rebelión de las Germanías en Mallorca y



Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba, por Antonio Moro.

Valencia y, sobre todo, de la guerra de las Comunidades en Castilla. El ejército francés, comandado por el general André de Foix, señor de Lesparrou, y formado por trece mil soldados gascones y veintinueve piezas de artillería, ocupó la Baja Navarra y cruzó los Pirineos a mediados de mayo. Francisco I impulsó a Enrique que no encabezase el ejército y se quedase esperando en territorio francés, en Sauveterre-de-Béarn, para que no se apuntase la gloria de una victoria que el primero quería proclamar en su propio nombre, como lo demostró el hecho de que el ejército dirigido por de Foix enarbolase los estandartes del rey de Francia, no los de Navarra.

Según avanzaba el ejército invasor sin encontrar resistencia bélica de importancia, se fueron sumando algunos agramonteses partidarios de la dinastía depuesta —curiosamente, se destacaron las escasamente vascas Olite y Tudela—, pero la gran mayoría de los navarros se mantuvieron al margen. Los franceses habían perdido un tiempo precioso, puesto que la victoria de Carlos I en Villalar el 23 de abril le había dejado las manos libres para acudir a la frontera septentrional.

Ante la llegada del ejército galo a las puertas de Pamplona, el virrey Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, abandonó la capital dejando a Francés de Beaumont al mando de unos

pocos soldados que tuvieron que resistir en el castillo el bombardeo previo a la conquista de la plaza. En dicho bombardeo cayó seriamente herido en la pierna el capitán guipuzcoano Íñigo de Loyola. Durante su convalecencia se dedicó a la lectura de los libros religiosos que despertarían en él la vocación que acabaría convirtiéndole en una figura de talla universal, en colaboración, curiosamente, con el hermano de dos soldados alistados en el ejército atacante: Francisco Jasso Azpilicueta, más conocido como Francisco Javier.

Pero el general francés, confiado por el éxito obtenido en Pamplona y urgido por un Francisco menos interesado en

reponer a Enrique en el trono de Navarra que en derrotar a Carlos I, decidió asediar la cercana Logroño. La veloz llegada del ejército bajo el mando de Íñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla y conde de Haro, compuesto por miles de soldados castellanos, vizcaínos, alaveses, guipuzcoanos y navarros beamonteses bajo el mando del conde de Lerín, obligó al ejército francés a levantar el cerco y replegarse hacia Pamplona, pasando por Estella y Puente La Reina, donde fue alcanzado por sus perseguidores.

La batalla se desató el 30 de junio en la llanura de Noáin, al sur de la ciudad, donde hoy se levanta el aeropuerto. A pesar de los graves daños que provocó la artillería francesa a las tropas enemigas, la superioridad numérica y técnica de la infantería castellana y la velocidad de su caballería aplastaron a un ejército francés que sufrió numerosas bajas, incluida la de su general, que perdió un ojo y quedó gravemente herido.

Pamplona no ofreció la menor oposición a la entrada triunfal del ejército castellano, al igual que otras villas que se habían declarado a favor de Enrique II por fidelidad o temor. También cayeron las fortalezas norpirenaicas, como la de San Juan de Pie de Puerto. Y el fracasado Enrique tuvo que huir a Pau. Tras la gran batalla campal ante los muros de Pamplona, los Albret y los reyes de Francia renunciarían para siempre a recuperar el territorio navarro al sur de los Pirineos. Del mismo modo, Carlos I acabó abandonando la Baja Navarra en 1528 por su difícil defensa. Y desde entonces hasta hoy, la cordillera ha marcado la frontera entre España y Francia. Medio milenio después, gracias a las mágicas potencias de los nacional-historiadores separatistas, la que fue una batalla de españoles contra los invasores franceses se ha convertido en una batalla de navarros contra los invasores españoles.

Pero las hazañas bélicas no habían terminado del todo. Porque tres meses después de la



El príncipe don Carlos de Viana, por José Moreno Carbonero.

derrota de Noáin, el almirante Guillaume Gouffier de Bonivet, al que el destino tenía reservada la muerte cuatro años después en la batalla de Pavía, ocupó la fortaleza de Maya, en el valle de Baztán, para dirigirse a continuación a la estratégica plaza de Fuenterrabía, que también tomó.

Los últimos defensores agramonteses de Maya capitularían el 19 de julio de 1522. Pero pocos días antes, el 30 de junio, exactamente un año después de la batalla de Noáin, había tenido lugar a orillas del Bidasoa la batalla de san Marcial que todavía sigue conmemorándose en el célebre alarde de Irún. Aquel día los vecinos de esta localidad fronteriza, en colaboración con el ejército

castellano, vencieron a las tropas francesas que, poseedoras de Fuenterrabía, deseaban tomar el castillo de Behobia porque, como narró el mondragonés Esteban de Garibay, cronista de Felipe II, “sentían a oprobio que, teniendo ellos a Fuenterrabía, hubiese tornado a poder de españoles esta fortaleza a media legua de aquella villa”.

Unos cinco mil soldados franceses y alemanes atravesaron el Bidasoa por Biriattou, en silencio y de noche para no ser advertidos. Los dos capitanes que organizaron la respuesta española fueron Miguel de Ambulodi, de Oyarzun, y Juan Pérez de Azcue, de Fuenterrabía. De este último escribió Garibay que era “de los

más animosos y arriesgados capitanes que en este tiempo había en la nación española”.

La victoria fue tan completa que los españoles entraron en tierra francesa en persecución del enemigo en fuga. “Los naturales de la tierra, no contentos de victoria tan señalada y necesaria, alcanzada sin efusión de sangre propia, quisieron entrar en Francia, especialmente un vecino de la misma tierra llamado Juan Pérez del Puerto, dueño de la casa de Aguirre”, recogió Garibay. El impetuoso Juan Pérez comenzó a incitar a los suyos a avanzar sobre tierra francesa gritando a grandes voces: “¡Santiago, Santiago, España, España, victoria, victoria!”<sup>2</sup>.

Pero ésa es otra historia.

1. A. CAMPIÓN, *Euskariana* (cuarta serie), Ed. Erice y García, Pamplona 1904, p. 153; B. DE ESTELLA, *Historia Vasca*, Ed. Izaro, Bilbao 1977, p. 156; B. ESTORNÉS LASA, *Historia del País Basko*, Ed. Vasca, Zarauz 1933; M. DE ORREAGA, *¡Amayur! Los últimos nabarros*, Pamplona 1923 (reeditado como *¡Amayur! Navarra pierde su independencia*, Ed. Auñamendi, San Sebastián 1978).

2. E. DE GARIBAY, *Los Cuarenta libros del Compendio Historial de las Crónicas y Universal Historia de todos los Reynos de España*, Barcelona 1628, libro XXX, caps. VIII a X.